PRESENTACIÓN DE *TIERRA DE PASO*

Pedro Luis Casanova

¿Dónde comienza mi memoria?
Amos Oz

Oh Dios, oh Venus, oh Mercurio, patrón de los ladrones,
concededme un pequeño estanco,
colocadme en cualquier oficio
menos en este oficio de escritor
en que uno necesita de su cerebro todo el tiempo.
Ezra Pound

Me viene a la memoria un comentario de nuestro inolvidable poeta, amigo, Diego Jesús Jiménez, cuyo imprescindible recuerdo traigo hoy aquí, cuando hablábamos de Cuenca y su singular ecosistema de provincias, ciudad en la que tuve la suerte de residir durante un tiempo. Me decía que Cuenca era una ciudad tan bella que la gente se había idiotizado, envenenado con tanto exceso de belleza. No sé si algo parecido sucede con Jaén. Idiotizados con la idiosincrasia de esta zona tan peculiar del sur, que no es más que una marca adulterada de una realidad política, social y cultural estanca, nos sale Molina Damiani, después de unos años de silencio, con un título terriblemente bello: *Tierra de paso*.

Decir que Jaén es tierra de paso resulta durísimo en tiempos donde las ciudades relanzan sus patrimonios para reflotar sus endémicas balanzas económicas. Pero una ciudad es tierra de paso cuando su régimen político vive plegado a los intereses de sus castas intocables, una ciudad es tierra de paso cuando abandona su memoria en sus placas y estatuas arrinconadas sin restaurar el peso de sus voces en el plato humanitario de esa balanza que se nos inclina hacia el perfil más voraz e impasible de nuestro comportamiento colectivo, es tierra de paso cuando su política cultural se ciñe al valor macroeconómico de lo espectacular, por encima de su imprescindible valor como semilla de pensamiento, es tierra de

BOLETÍN. INSTITUTO DE ESTUDIOS GIENNENSES Julio-Dicbre. 2012 – Nº 206 – Págs. 51-55 – I.S.S.N.: 0561-3590
Recepción de originales marzo 2012 Aceptación definitiva mayo 2012

paso cuando en su gestión ya no pesa el discurso ideológico sino la carga electoral de los proyectos, donde sus medios de comunicación administran, como si de una droga se tratase, el divertimento de las mayorías, cómplices, en suma, de que cualquier disidencia pública con los negocios encubiertos de la ciudad no complique el *bussines* de ese tardofranquismo feudal que distribuye los tiempos a un reino de Jaén todavía articulado, encorsetado, diría, por sus castas familiares, y que, no obstante, cualquiera lo diría, se hace duro deglutir que ha sido mayoritariamente una administración de izquierdas la que ha tenido en su mano la posibilidad de desnaturalizar los comportamientos totalitarios cuyos vicios educativos y culturales han sido a todas luces muy patentes a lo largo de los mismos años que yo tengo ahora, que no son pocos. Que de esta ecuación no hayamos visto aún la eclosión de esta tierra, habitada mayoritariamente por funcionariado o gentes de paso porque los de aquí nos hemos tenido que ir a buscar la vida fuera, puede tener su disculpa en el carácter netamente conservador de una ciudad tan previsible en sus usos y costumbres, pero también, y hay que decirlo, en el adormecimiento de una clase política demasiado dependiente del capital agrario, de la iniciativa reaccionaria, de que todo siga como está, al menos como mal menor, ellos a sus cosas y nosotros a las nuestras.

Empapado por muchas de estas contradicciones de un tiempo envenenado de muerte por el liberalismo, Molina Damiani nos enseña el camino de la demolición a que conduce la procesión convulsa de nuestra singular historia ciudadana, se posiciona valientemente en la vertiginosa aporía ante la que el arte posmoderno trágicamente nos sitúa: que el creador por un lado, salga victorioso de su materia creativa, ignorando el doloroso laberinto de nuestra realidad saqueada por sus números rojos, o, de otra parte, sacrificar al artista, dejando arañar su materia creativa por los mimbres de la verdad del tiempo, y que sea ésta quien dictamine su difícil belleza.

Considero que de ahí radica la enorme belleza de *Tierra de paso*: consciente de que rastrear en el presente supone una experiencia poética desconcertante, nuestro poeta se adentra en la oscuridad de la memoria y pone la escritura al servicio de las emociones, por implacables y terribles con que el universo creado por su música pudiera golpear en el territorio de la conciencia. Como una voz que martillea en el espejo de nuestro escritor, preso de una mirada partida por el dolor de cuanto las lentes de la historia le están participando, preso sí, porque todos los que le conocemos sabemos que Molina habita encadenado a la experiencia poética, como hebra que da circulación a su experiencia vital, y no al contrario,

él, que ha visto cómo la democracia se ha ido echando malas compañías, se ha ido dejando sobornar por ese fascismo simpático que nos cuenta la vida en los periódicos de gran tirada y en las tertulias de los árboles, sólo puede oír esa voz desafiante, incólume, fría, esa voz que le contesta, que nos contesta en *Tierra de paso*, cuando Molina, con su aspecto de marqués desahuciado y el bonito subido con su sombrero de intelectual caribeño, pregunta al espejo de la vida por la vida. Porque a ese yo que maneja los hilos de nuestra conciencia colectiva, a ese yo que se mantiene firme en el epicentro de nuestra conciencia jamás podremos engañarle.

Resulta, pues, en este laberinto barroco que componen los poemas de *Tierra de paso*, extraordinariamente bella la dicotomía entre el ser por un lado, que se resiste a abandonar la condena que supone el compromiso por resistir las embestidas del tiempo por hacernos chicos y chicas normales y, por otra parte, el ser que quiere tirarse a la calle, echarse a la farra, y buscarse un oficio sencillo, ajeno a la escritura, como trágica salida al enorme compromiso al que somete la experiencia poética y de la que da fe el poema de Ezra Pound con el que empezaba esta presentación. Cara a cara con su historia, que es la nuestra, Molina deja que la memoria conciba la arquitectura poética de los poemas que conforman el libro. Este dolor, este diálogo de seres en conflicto que atraviesa de página a página nuestro libro, no hace sino desnudarnos a un ser en conflicto con unos años donde, de una manera u otra, todos acabamos aceptando el precio de nuestra venta, de nuestra claudicación, la fosilización, en definitiva, o utilizando las palabras de uno de sus versos, la fosilización de nuestro pensamiento.

Piezas como «Correo anónimo» donde el poeta se transmuta de forma rimbaudiana en el asesino del Condestable Lucas de Iranzo, en una conspiración, imagino que poco conocida por los giennenses, que bien pudiera haber sido urdida en nuestros días, o las tribulaciones de «Ronda del Rosario», donde Molina mira la ciudad que pudiera estar mirando Rafael Porlán en aquellos años convulsos tras la guerra, en un intento de restaurar nuestra historia civil de su desafección con sus voces más coherentes y auténticas. Se preguntaba Amos Oz: «¿Dónde comienza mi memoria?» y he ahí, en este sentido, una clave capital del libro, que nuestra memoria comienza en aquello que la implacable comitiva de la Historia con sus reglas de casino civil, se empeña en obligarnos al olvido y que sólo en la experiencia poética del arte confiere su extrema revelación. Fruto, por tanto, de un diálogo con la historia que permita explicar las artimañas de un presente invadido hasta las trancas por los vicios fascistoides a que toda pequeña ciudad está expuesta, tentada siempre a un

pensamiento vertebrado por cierto narcisismo interior, ajeno a sus voces más coherentes.

Lejos, a mi modo de ver, de que deban ser concebidas como un ejercicio de transformismo culturalista, el gran valor de estas piezas reside en el extraordinario pulso con que acontece la escritura. La escritura es origen en sí misma. La intuición poética queda a merced de los sentidos, que se erigen en fábrica directa de las palabras y sus ritmos. El poema nace como un espacio de revelación que no está orientado por las matrices apriorísticas que suelen gobernar el proceso de escritura. Esta clave hermenéutica, unida a su incontestable valor político, hacen de este libro una propuesta singular entre todo lo que ha dado de sí la escasa industria editorial de nuestras administraciones, e, incluso, si ampliamos el radio de reflexión, en un ejercicio nada desmesurado, al cómputo de volúmenes editados recientemente por las colecciones de poesía más celebradas de nuestro país.

Volviendo, por tanto, sobre las claves hermenéuticas que han levantado esta ciudad, constituida en una realidad poética propia, esta ciudad que habla al oído, a la mirada de Molina Damiani, es además importante decir que esta ética escindida, saqueada por el hambre de un ser que ya no aspira, y se hace duro decirlo, a ver su mundo, el mundo que desfila ante sus ojos, desenredado de sus conspiradores y especuladores, está desenvainada por una arquitectura estética arriesgada y verdadera: Su bacanal de imágenes, el pulso fragmentado de los versos, sin concesión alguna al brillo impoluto y clarividente de ese naturalismo simpático del que nos hemos hecho tan forofos tal vez por su inocuidad histórica, el impudor visionario del recuerdo, la descarada contundencia de las palabras y los seres que transitan por esta *Tierra de paso*, apuntalan esta condena en su nostalgia imposible de la que habla Ferrer Lerín en la contraportada, y hacen, además, de este libro un imprescindible documento de resistencia. Si en su anterior libro la poesía era concebida como salvoconducto que liberase al poeta de cargar con la condena de la mediocridad civil de nuestro tiempo, ahora en *Tierra de paso*, la poesía ya no podrá salvarnos de nada, sino que su contemplación podrá ponernos en paz con la verdad, testimoniar nuestro fracaso y hacerle frente, acaso, al vendaval del presente, poniendo al servicio de la memoria nuestros sentidos para que no pueda acabar arrebatándonos también las estampas vitales más inocentes que guardamos, como el débil territorio de la infancia. Explosión estética que es ética. Explosión ética que es estética, Molina Damiani ajusta las cuentas con su mundo, con nuestro mundo, en definitiva, del que todos somos piedra infinita y cómplice. Sólo, pues, el

territorio de la infancia, sólo el territorio de las afueras, por donde hemos mañaneado tantos sábados huyendo de la espasmódica rutina comercial del centro de la ciudad, consiguen apagar la ansiedad de la pérdida, y tal vez esa voz, esa voz que nos interroga y nos señala machaconamente, que nos reprocha nuestro difícil paradero: ese eterno poema, en definitiva, que trata de escribirse a sí mismo en el centro abrasado, *Tierra de paso*, de la conciencia de todos.